

## PRESENTACIÓN

El texto que se va a leer a continuación es una parte del Libro de Karl Löwith **“Mi vida en Alemania antes y después de 1933”** (versión francesa publicada por librería Hachette en 1988). 1933 es un año importante para Hitler. Ascende al poder, con un enorme respaldo popular. Es también el año en que Heidegger es nombrado Rector de la Universidad de Friburgo en cuya toma de posesión pronuncia su famoso discurso, en que se identifica con la ideología nazi.

Karl Löwith fue profesor de la Universidad de Marburgo hasta 1933, de donde fue excluido por judío, aunque fuera semi-judío, por ser su padre de esa confesión. Pero, para los nazis, judío completo. Löwith fue uno de los primeros alumnos de Heidegger y el primero a quien el filósofo de *“Ser y tiempo”* le confiere la habilitación.

Este libro de Karl Löwith fue escrito en 1940. El autor tuvo que salir de Alemania, se exilia en Italia y luego se va para Japón. Allí se entera que la Universidad de Harvard ha abierto un concurso dirigido a “todos aquellos que conocieron a Alemania antes y después de Hitler” las bases del concurso aclaran que no se trata de un concurso filosófico, sino de “un testimonio fundado en experiencias personales”.

K. Löwith conoce bien lo que significa “antes y después de Hitler”, pues no sólo “antes” fue el alumno y hasta el discípulo de Heidegger, sino que “después” forma parte de aquellos a los que Heidegger tiene que evitar, sobre todo, después de su famoso discurso de Rector, en el que marca claramente su pertenencia a la ideología nazi.

K. Löwith no sólo cita en su libro largos fragmentos de las cartas que Heidegger le dirigía; evoca igualmente el encuentro que tuvo con él en 1936, en Roma, cuando Heidegger, sin rodeos inútiles, le explicó que su adhesión al nacional-socialismo era llamada por los conceptos mismos de su filosofía de la historicidad.

K. Löwith no obtuvo el premio; su narración desapareció, y luego fue encontrado en 1980, cuando se recogieron sus papeles para la edición alemana de sus obras. En 1940, el profesor Löwith aún no sabe el horror al que están prometidos sus medio-hermanos, y mucho menos de la solución final. Pero, el profesor semi-judío, perfectamente asimilado, que estuvo en el frente en 1914, que se ha nutrido de la cultura alemana, de Goethe, de Schiller, de Kant, de

Hegel, de Nietzsche, se ve obligado a volver a plantearse las bases de esa cultura y a interrogarse sobre como pudo salir de esa cultura semejante monstruosidad.

No hay caso parecido al de Martin Heidegger en toda la historia del pensamiento. Es verdad que Aristóteles justificó la esclavitud, y que el Estado ideado por Platón puede servir de modelo para los Estados totalitarios. Pero no había habido Revolución Francesa ni declaración universal de los derechos del hombre y del ciudadano. Ya en 1933, el partido socialista y el comunista habían sido exterminados por las bandas armadas nazis. Ya Hitler había impuesto el terror negro en Alemania, para contrarrestar el terror rojo comunista.

Buscar semejanzas imposibles en la historia entre Heidegger y cualquier otro es un acto de mala fe. Para explicar la filosofía de Heidegger el expositor debe, está obligado a exponer el nazismo de Heidegger y la vinculación de su filosofía con la ideología nazi, como lo plantea K. Löwith.

**Traducido de *Mi vida en Alemania antes y después de 1933.***

**Autor:** Karl Löwith

**Publicado por:** Hachette, 1988

## **La Transposición por Heidegger de la "Existencia propia de cada uno" en "Existencia propiamente alemana"**

Heidegger llegó a ser rector de la universidad de Friburgo en 1933. Fue un acontecimiento pues, en ese período crítico, todas las otras universidades carecían de jefes capaces de asumir una función semejante, gracias no sólo a su insignia de partido, sino también a sus reales competencias científicas. La masa de la intelligentsia alemana era reaccionaria. Heidegger había resistido al llamado de Berlín, pero cedió a la tentación de dirigir su propia universidad. El impacto de esa decisión no fue solamente local y en general pidió poner atención.

Los estudiantes de Berlín pidieron así que todas las universidades siguieran el ejemplo de la "puesta al paso" realizada en Friburgo. Su decisión sorprendió a sus estudiantes pues sólo muy raramente en el pasado había expresado opiniones políticas y, con toda evidencia, no parecía tener ideas muy nítidas al respecto. Un rechazo de su parte tampoco habría quedado sin efecto pues Heidegger pronunció un discurso: *Die Selbstbehauptung der Universität (La autoafirmación de la Universidad)* me lo envió con sus "saludos amistosos", mientras que mis amigos arios lo recibieron, por su parte, con su "saludo alemán".

Comparado con los numerosos discursos y folletos que los profesores "alineados" publicaron después de la revolución, el discurso de Heidegger es de un alto alcance filosófico y de una gran ambición, una pequeña obra maestra de formulación y de composición. Desde el punto de vista filosófico, es una obra maestra de ambigüedad, pues logra hacer útiles al "momento" histórico (Ser y Tiempo, 74) las categorías de ontología existenciales, de una manera que daba la impresión que sus intenciones filosóficas podrían y deberían conciliarse con la situación política, así como la libertad de investigación con la coacción del Estado. El "servicio del trabajo" y el "servicio militar" no hace más que uno sólo con el "servicio del saber", tanto que al final de la exposición ya no se sabe muy bien si uno debe ocuparse de los Presocráticos de *Diels y Kranz* o marchar con los S. A. Por ello, no puede juzgarse ese discurso desde un punto

de vista puramente filosófico o puramente político. En tanto que discurso político, sería tan débil como en tanto que ensayo filosófico. Transpone la filosofía heideggeriana de la existencia histórica en la situación alemana, dando así por primera vez un fundamento a su voluntad de eficacia, tan bien que el esbozo formal de las categorías existenciales adquiere allí un contenido decisivo.

El discurso comienza sobre una extraña contradicción: trata, *en oposición* con la autonomía de las universidades amenazadas por el Estado de su autoafirmación, al mismo tiempo que niega la forma "liberal" de la libertad y de la autogestión universitarias, con el objeto de *hacerlas entrar sin condición* en el esquema nacional—socialista de "dirección" y de "ejecución". El rector tiene como deber dirigir intelectualmente a los docentes y a los estudiantes. Pero él, el jefe, debe primero ejecutar la "misión intelectual de su pueblo". Heidegger no precisa en qué consiste esa misión histórica ni como se revela. En última instancia, el que da las órdenes es el "destino", destino que se debe querer. Aunque la misión permanece en la vaguedad, su carácter implacable es muy subrayado. Y por un *diktat* indiscutible, el destino del pueblo se encuentra ligado a la suerte de las universidades.

La misión atribuida a la universidad es la misma que la confiada al pueblo: la ciencia y el destino alemán llegan al poder en *una única* voluntad esencial. A este respecto, la voluntad de la esencia, es colocada, tácitamente en la misma jerarquía de la voluntad del poder, pues lo que es esencial en la actitud nacional-socialista es la voluntad en tanto tal. Prometeo, símbolo de la voluntad occidental, es el "primer filósofo", al que hay que seguir. Con una voluntad prometeica semejante, el hombre europeo, en el origen, en los griegos, habría "insurgido contra el ente" para interrogarlo sobre su ser y esa insurrección revolucionaria caracterizaría el "Espíritu" que ciertamente fracasa ante la superioridad del destino, pero, justamente, se convierte en creador en su impotencia. El Espíritu no sería entonces una razón general, ni un entendimiento ni una inteligencia ni menos aún lo que se llama *esprit* (en francés en el original) en Alemania, sino una "determinación consciente" a favor de la esencia del ser, y el verdadero "mundo espiritual" sería un "mundo de riesgo extremo, del riesgo más profundo". De hecho, el riesgo es la "vocación" del ser humano, como lo dijo Nietzsche en su Zarathustra. Con un rigor militar, se pide al estudiante que en su deseo de conocer, se "acerque" al "puesto de peligro extremo", que marche, se comprometa y se exponga, que se mantenga, que resista, en una palabra, que esté resuelto a asumir el destino alemán que se encuentra en Hitler.

La vinculación con el Führer y con el pueblo, con su honor y su destino, no hacen más que uno con el servicio del saber. Y la respuesta a la cuestión de Nietzsche ¿se quiere Europa a sí misma o ya no se quiere más?, es la siguiente: "Nos queremos a nosotros mismos". La joven fuerza del pueblo alemán ya se decidió en un sentido positivo, en lo concerniente a la voluntad de autoafirmación: no sólo la de las universidades, sino también la de la existencia alemana en su conjunto.

Pero para poder comprender completamente "lo sublime y lo grandioso de ese despertar", hay que recordar esta sabia palabra de Platón que Heidegger traduce así (forzándola): "Todo lo que es grande se expone a la tempestad" ("*Alles Grosse Steht in Sturm*"). La sabiduría de Heidegger tomaba, en efecto, ese acento impetuoso ¿y cuál joven SS no habría sido sensible, por poco conocimientos filosóficos que hubiese tenido, para poder penetrar el aura griega de ese asalto tan alemán? La comunidad de los profesores y de los estudiantes era para él una comunidad de combate y no era sino en la lucha que el saber avanzaba y se concentraba preservado.

Según un curso de esa época, toda esencia se abre sólo al valor, y no a la contemplación, y la verdad sólo se deja reconocer en la medida en la que uno alienta en sí la verdad. Incluso el término alemán *Gemüt* (alma) es aproximado de ese *Mut* (valor). Asimismo, el enemigo no es simplemente "existente"; haría falta que el Dasein se fabrique su enemigo para no debilitarse. En general, todo lo que es está "regido por la lucha", y donde no existe ni lucha ni dominación, hay decadencia. La esencia es y llega a ser esencia en la lucha. En realidad, en las universidades alemanas, incluso bajo la dirección de Heidegger ninguna justa griega llegó a realizarse; no hubo sino el lúgubre vacío de la nivelación forzosa que condenó a los mejores al silencio, y acostumbra a la mayoría a un doble lenguaje: el suyo, en privado, y otro extraño, en la vida pública, cuya organización les cernía por todas partes.

La dirección de Heidegger sólo duró un año. Después de muchas decepciones y contrariedades, renunció a su "cargo" para volver a su viejo método de la oposición al nuevo "se" y a arriesgarse a amargas observaciones durante su curso, lo cual no está en contradicción con su pertenencia substancial a la esencia y al no-sentido nacionales-socialistas. Pues el "espíritu" del nacional-socialismo no tiene mucho que ver con esta determinación y esta dinámica que rechazan toda discusión y todo acuerdo porque ellos no se fían más que a ellos y sólo a ellos – a ese poder ser (alemán) propio de cada uno.

Sólo son expresiones violentas las que determinan el vocabulario de la política nacional-socialista y la filosofía de Heidegger. Al estilo dictatorial de la política corresponde el carácter apodíctico de las formulaciones grandilocuentes de Heidegger. Ambos desafían, por el placer insidioso de sacudir. No es más que una diferencia de nivel, y no de método, la cual determina las diferencias internas en la obediencia y es finalmente el "destino" lo que justifica toda voluntad y recubre a ésta con el manto de la filosofía de la historia. Un mes después del discurso de Heidegger, Karl Barth escribió su llamada a los teólogos *Theologische Existenz-heute* (La existencia teológica de hoy) contra el alineamiento sobre las potencias de la época. Este escrito fue y sigue siendo la única expresión seria de una resistencia intelectual a este período desgarrador. Para ser capaz de un comportamiento análogo, no es del *Ser y Tiempo*, es decir, del ser y del *tiempo* que la filosofía habría de tratar, sino del ser de la *eternidad*. Pero el punto capital de la filosofía de Heidegger consistía en que él comprendía "resueltamente el tiempo por el tiempo", porque él era también, en tanto que filósofo, todavía demasiado teólogo, a tal punto que, para él, la eternidad era idéntica a Dios - y el filósofo "nada sabe" de Dios. Este nexo negativo entre la problemática filosófica del tiempo en Heidegger y la cuestión de la eternidad en la teología no fue claramente expresado sino en una exposición de Julio de 1924.

Esta tela de fondo histórico-político pone en relieve el sentido específicamente alemán del concepto de *Dasein* en Heidegger: existencia y determinación, ser y poder ser, la interpretación de ese poder como un destino y un deber, la rigurosa posición del poder – ser (alemán) "propio de cada uno" y las palabras que se vuelven a encontrar incesantemente – disciplina y obligación (incluso para "la claridad del saber" hay que "obligarse a subir"), duro, inflexible y severo, riguroso y vigoroso (mantenimiento del "rigor del *Dasein*"), aguantar firme y contar sobre sí, comprometerse y exponerse al peligro, revolución, despertar, ofensiva todas esas palabras reflejan el modo de pensamiento catastrófico de casi todo el mundo en la Alemania de la post-guerra. La menor de las cosas que ocupaba su espíritu, era conseguida "el origen" y el "fin" o las "situaciones límites". En el fondo, todos esos términos y palabras son la expresión de la determinación áspera y dura de una voluntad que se afirma frente a la nada, para un *Dasein* sin paz ni alegría, orgulloso de su desprecio por la felicidad y la humanidad <sup>2</sup>.

Desde luego, en 1927, cuando apareció *Ser y Tiempo* de Heidegger, a ninguno de nosotros se nos habría ocurrido la idea de que la muerte "propia de cada uno" que aísla radicalmente y que Heidegger ilustra refiriéndose a la novela de Tolstoi *La muerte de*

*Ivan Illitch*, podría, seis años más tarde, ser arreglada para celebrar la gloria de un "héroe" nacional-socialista. Y sin embargo, el salto del análisis ontológico de la muerte al discurso pronunciado por Heidegger para Schlageter (Freiburger Studentenzeitung) no es sino el tránsito del *Dasein* individual aislado a un *Dasein* general, pero no menos aislado en su generalidad, es decir, alemán.

Schlageter, explica Heidegger en ese discurso hipócrita, redactado a su memoria, había muerto de la "muerte más difícil y más gloriosa", abatido sin defensa (por sabotaje en el territorio ocupado por Francia), mientras que su país estaba humillado y en lo más bajo. "Solo, debió dar a su alma la imagen del futuro levantamiento de su pueblo, para su honor y su grandeza, para morir creyendo en ello". Y Heidegger se preguntaba de donde vienen esa "fuerza de la voluntad" y esa "claridad del corazón". Responde a ello por las "rocas originales" de las montañas de la Selva Negra (patria de Schlageter) y su claridad otoñal.

En realidad, Schlageter era uno de los numerosos jóvenes alemanes que, después de la guerra, habían visto su vida trastornada. Algunos se hicieron comunistas, otros fueron a lo opuesto, como lo describe con justeza E. Von Salomón en su novela *Die Stadt* (La ciudad). Convertidos en salvaje por la guerra y liberados del servicio militar, ya no podían readaptarse a la vida civil, se adhirieron a cuerpos francos para poder gastar sus vidas en empresas desenfrenadas, sin importar donde y contra quien.

El filósofo de la existencia llama a esto un deber. "El *debía* irse a los países Bálticos, *debía* irse a Alta-Silesia, *debía* irse al Ruhr", debía cumplir el destino que él mismo había escogido. He allí, en ese período de inflación, hasta donde había caído por el *fatum* de la tragedia antigua, aún para un filósofo.

Algunos meses después de ese discurso, Alemania salía con gran ruido de la sociedad de las Naciones<sup>3</sup>. El Führer exigió elecciones *a posteriori*, a fin de mostrar al extranjero que Alemania e Hitler no hacían más que uno. Heidegger procedió de tal manera que los estudiantes de Friburgo se presentaron como un sólo hombre en las urnas, para dar en bloque su voto a favor de Hitler (en otras universidades como Marburgo, aún podía escogerse entre el *sí* o el *no*, aunque el voto no fuera ya secreto, sino en la forma). El "sí" a la decisión de Hitler le parecía idéntico a un "sí" al "ser propio de cada uno". La llamada a las urnas que él lanzó en tanto que rector está totalmente en el estilo nacional-socialista. Al mismo tiempo, es un extracto popular de la filosofía de Heidegger. Se enunciaba así: "¡Alemanes y Alemanas! El pueblo alemán es llamado por el Führer a

votar. Pero el Führer nada pide al pueblo. Da más bien al pueblo la posibilidad más directa de decidir en la libertad más alta: a saber, si él - todo el pueblo - quiere su propio *Dasein* o si no lo quiere. Ese voto es difícilmente comparable a todas las consultas populares que han tenido lugar hasta hoy. La singularidad de ese voto viene de la simple grandeza de la decisión que debe cumplirse en él. Pero la implacabilidad de lo que es simple y último no permite ni indecisión ni vacilación. Esta última decisión alcanza el límite extremo del *Dasein* de nuestro pueblo. ¿Y cuál es ese límite? Consiste en esa exigencia original de todo *Dasein* que consiste en salvaguardar y salvar su propia esencia. Así se erige una barrera entre lo que se puede y lo que no se puede exigir a un pueblo.

Por la fuerza de esta ley fundamental del honor es que un pueblo preserva la dignidad y la determinación de su naturaleza. No es la ambición, no es la búsqueda de la gloria, no es una ciega obstinación ni tampoco una sed de poder, sino únicamente la voluntad clara de una autoresponsabilidad absoluta de nuestro pueblo para asumir y dominar su destino, lo que ha llevado al Führer a salir de la sociedad de las Naciones. *No se trata* de darle la espalda a la comunidad de los pueblos. Por el contrario, por esta medida, nuestro pueblo se coloca bajo la ley esencial del *Dasein* humano, a la cual todo pueblo, si aún quiere ser un pueblo, debe obedecer en prioridad. Es precisamente y solamente a partir de esta respuesta común, leal, que va en una sola dirección, hecha a la exigencia incondicional de la autorresponsabilidad que crece la posibilidad de tomarse mutuamente en serio con el objeto de decir entonces "sí" a la comunidad. La voluntad de una comunidad de los pueblos real debe apartarse a la vez de una fraternidad universal sin ancla ni compromiso y de un despotismo ciego. Esa voluntad actúa más allá de esta oposición. Ella procede de tal manera que los pueblos y los Estados se apoyen los unos sobre los otros y se sostengan sincera y resueltamente los unos a los otros / [...]. Nuestra voluntad de autorresponsabilidad popular quiere que todo pueblo encuentre y salvaguarde la grandeza y la verdad de su destino. Esta voluntad es la más alta garantía de la seguridad de los pueblos; pues ella misma se vincula a sí misma a la ley fundamental del respeto viril y del honor absoluto. El 12 de noviembre todo el pueblo alemán escogerá su porvenir. Este está ligado al Führer. El pueblo no puede determinar ese porvenir por un "sí" fundado en pretendidas consideraciones de política exterior, sin que ese "sí" comprenda también al Führer y la acción que él debe cumplir como misión. No existe política exterior ni política interior. Sólo hay esta voluntad de una existencia completa del Estado. El Führer despertó en todo el pueblo esa voluntad y forjó con ella una decisión única. ¡Nadie puede permanecer al margen, el día de la

manifestación de esa voluntad! (*Freiburger Studentenzeitung*, 10 de noviembre de 1933).

Luego que Heidegger hubo hablado por primera vez, en su discurso inaugural de Friburgo - *¿Was ist Metaphysique?* (¿Qué es metafísica? – de la “grandeza última” del *Dasein*, que consiste en un “audaz” sacrificio de sí mismo, en lo sucesivo se hizo un consumo considerable de la grandeza heroica. Ella se aplicó tanto a la muerte de Schlageter como a la decisión de Hitler de dar un gran golpe, por una solución audaz que mandara al basurero toda relación de contrato y su fundamento jurídico. Y esto, no era darle la espalda a la comunidad en la cual, todo pueblo (por ejemplo, el alemán) ¡se apoyaba sobre sí mismo, con el objeto de “apoyarse sobre los otros”!

Una semana antes de ese llamado electoral, Heidegger publicaba una llamada muy general a los estudiantes (*Freiburger Studentenzeitung*, 3 de noviembre de 1933) en el cual él declaraba que la revolución nacional-socialista aportaba un “trastorno completo de nuestro *Dasein* alemán. Correspondía a los estudiantes atenerse, en su voluntad de saber, a lo esencial, a lo sencillo, y a lo grande, mostrarse duros y sinceros en sus exigencias, claros y firmes en sus rechazos, comprometerse con un espíritu combativo y dejar que se agrandara en ellos el espíritu de sacrificio para la salvación de la esencia y el acrecentamiento de la fuerza del pueblo. Las reglas del *Dasein* de los estudiantes no debían ser las ideas. Hitler debía ser su única ley: “El Führer mismo y solamente él es la realidad alemana, de hoy y de mañana, y su ley”. Aun antes de la revolución, Heidegger había dicho que Hitler era, entre todos los candidatos a la cancillería, el único que tenía un “rostro”. El “Heil Hitler” era tomado muy en serio por Heidegger quien incluso terminaba su correspondencia privada con esa fórmula. El saludo alemán era pronunciado miles de veces por los ciudadanos, así como antaño “Grüss Gott” o “Adios”. Había que ser verdaderamente un original, como mi zapatero muniqués, para responder “Servus” al “Heil Hitler” de los clientes que entraban en su tienda.

A la definición filosófica del “*Dasein*” como hecho bruto existente que “es y debe ser” (*Ser y Tiempo párrafo 29*), a ese *Dasein* sombríamente enérgico, completamente privado de toda belleza y de toda gracia, corresponde muy precisamente el “realismo heroico” de los rostros engendrados por el nacional-socialismo, tales como nos los presentan las revistas. En la sala de los cursos de Heidegger “se filosofa a martillazos” como Nietzsche había dado el ejemplo en *Götzendammerung* (*El crepúsculo de los ídolos*), pero sin el brillo de su sutileza psicológica. Y mientras que Nietzsche se afirmaba por el hecho que él se mantenía adversario del Reich de

Bismarck, la decisión "suprema y más libre" de la filosofía del rectorado de Heidegger fue la que dio el nombre sublime de destino al hecho bruto de los acontecimientos alemanes.

La ortodoxia pequeño-burguesa del partido dudó del nacional-socialismo de Heidegger, porque la cuestión racial y judía en él no desempeña ningún papel. *Ser y Tiempo* está dedicado al judío Husserl, el libro sobre Kant al semi-judío Scheler, y, en la época de Friburgo estudiamos, bajo la dirección de Heidegger, a Bergson y Simmel. Su mentalidad no parecía corresponder al "tipo nórdico" que no conoce la angustia de la nada (A. Hoberg, *Das Dasein des Menschen – El Dasein del hombre*, 1937). En cambio el profesor Hans Naumann (*Germanischer Schicksalsglaube – El fatalismo germánico*, 1934) llegó a explicar la mitología germánica con los conceptos de *Ser y Tiempo* descubriendo en Wotan la "preocupación" y en Balder el "se". No puede tomarse en serio ni esta aprobación ni una denegación porque la decisión de Heidegger a favor de Hitler va bastante más allá de una concordancia del punto vista con la ideología y el programa del partido.

Fue y se mantuvo nacional-socialista, así como Ernst Jünger, al margen y en un aislamiento que no carece completamente de efectos, aunque no fuera más que por el *radicalismo* con el cual él coloca la *libertad* del *Dasein* propio de cada uno, y también el *Dasein* propiamente alemán, frente al desvelamiento de la nada (*Was ist Metaphysique?*, Pág. 20). Y aún hoy, la audaz decisión de Hitler de correr el riesgo de una guerra a propósito de Dantzig no puede ser mejor calificada que por la fórmula filosófica de Heidegger: "el coraje de temer" la nada. Una paradoja que expresa el fino fondo de toda la situación alemana.

En lo concerniente a la pertenencia sustancial de Heidegger al estado de espíritu y a la mentalidad nacionales-socialistas, era inoportuno fustigar aisladamente su posición política o excusarla, en vez de explicarla a partir del principio de su filosofía. No es Heidegger el que "se comprendió mal a sí mismo cuando se comprometió a favor de Hitler (ver al artículo de H. Kunz en la *Neue Zürcher Zeitung* del 3 de enero de 1938), sino que son aquellos que no captaron por qué había podido hacer esto, los que no lo comprendieron. Un encargado de curso suizo (ver la controversia entre Karl Barth y E. Staiger en la *Neue Zürcher* de enero de 1936) deploró que Heidegger haya podido dejarse llevar por la corriente de la época-como si una filosofía que explica el Ser por el tiempo y la vida cotidiana nada tuviera que ver con el día y el tiempo en que ella actúa y de donde proviene. Si ese admirador de Heidegger declara que es un error que se formalicen" contingencias históricas" de un pensamiento en vez de

ver el "templo blanco" que se eleva por encima de ellas, en lo "intemporal", precisamente, en tanto que alumno de Heidegger, hay que replicarle que ninguna filosofía como ésta última ha orientado tanto la filosofía según el azar de la "facticidad histórica" y que llegado el "momento" decisivo, él mismo no podía más que sucumbir a él. La posibilidad de una filosofía política de Heidegger no proviene de un descarrilamiento que podría lamentarse, sino del principio de su concepción de la existencia, la cual, a la vez, "protesta", y "mantiene" el "espíritu del tiempo".

*Pero el móvil último de esta voluntad de revolución y de despertar, de ese movimiento de juventud elevado al plano político y que data de antes de la guerra mundial fue la conciencia de la decadencia y del fin del nihilismo europeo. Sin embargo, es sorprendente que ese nihilismo europeo no haya llegado a ser el verdadero tema de la filosofía, sino gracias a un alemán, Nietzsche, y no haya llegado a ser activo sino en Alemania.*

"Alemania es el primero y el último en dar testimonio de la vocación histórica universal del radicalismo [...] No existe ser más implacable, más inexorable que él, pues no se contenta con abatir el mundo: único en quedar de pie, se abate a sí mismo [...] En el Alemán la destrucción es creación y el aplastamiento de lo temporal es su eternidad" (*Max Stirner, Kleinere Schriften, Pág. 19*).

Los alemanes carecen del sentido de la utilización juiciosa de la libertad en los límites de lo humano. Sin esta voluntad de destrucción no puede comprenderse el efecto que produjo sobre nosotros la construcción filosófica de Heidegger. Recuerdo su carta de 1920 en la que explicaba que su trabajo era independiente de la preocupación de saber si resultaría de ello una "cultura" o una "aceleración de la decadencia". La misma idea retorna en *Ser y Tiempo* (párrafo 77) cuando aprueba una cita según la cual el hombre moderno está "listo" para ser enterrado desde el Renacimiento. Asimismo, al fin de su discurso del rectorado, en 1933, dice que es demasiado tarde para cambiar las viejas instituciones y hasta para añadir nuevas; más bien habría que remontar a los muy primeros tiempos de los Griegos para poder tomar un nuevo punto de partida en Europa. Pero antes que nos decidiéramos en ese sentido, la fuerza espiritual de Occidente corre el riesgo de traicionarnos y de disgregarse "si la civilización ilusoria que toca a su fin se hunde sobre sí misma y arrastra todas las fuerzas en la desbandada".

En esa época, Heidegger aún pensaba que esto se produciría o no se produciría según que "nosotros nos quisiéramos a nosotros mismos todavía y de nuevo o que no nos quisiéramos más", estando

la decisión ya tomada en un sentido positivo por la adhesión al Führer. Tres años más tarde, en su exposición sobre Hölderlin de 1936, Heidegger se muestra mucho más resignado. Remite con Hölderlin a la "época de los dioses que han alzado el vuelo y del dios que vendrá". Pero porque el presente se encuentra en esa doble negación: el "ya no es más" de los dioses huidos y el "todavía no es" del que vendrá, el presente es esencialmente una época de privaciones y de mediocridad y ya no se trata del "esplendor" de la revolución de 1933.

El poeta de esta época se adhiere y aguanta bien en la nada de esta noche – una imagen que recuerda el final de la exposición de Max Weber: *Und wozu Dichter in dürftiger Zeit?* (*¿Y para qué poetas en tiempos difíciles?*). Es, pues, posible que Heidegger se haya preguntado frecuentemente: ¿Y para qué filósofos en tiempos difíciles? Pero la respuesta ha debido ser más difícil de encontrar para él que para su poeta, para el cual los dioses eran mucho más que meros conceptos temporales.

La fascinación que Heidegger ejerció sobre nosotros, por su resolución indeterminada y su despiadada crítica, no se ha borrado. Mi llegada a Friburgo data ahora de veinte años, pero, aun hoy, llega a cautivar al auditor por la oscura complejidad de lo que él expone intensamente, y se siente por donde quiera la influencia de su enseñanza.

**Eduardo Vásquez**

## NOTAS

1. Ya en *Was ist Metaphysique*, (1929), Heidegger decía que con el *Dasein* del hombre se produce una "irrupción" en el todo del ente, y es de tal manera que este "se abre" en lo que él es. La palabra *Aufbruch* (despertar) ya era utilizada antes de la guerra corrientemente en el movimiento de la juventud alemana.
2. Ver la observación de Clemenceau sobre la relación de los Alemanes con la muerte: "Lo propio es amar la vida. Los Alemanes no tienen ese instinto. En el alma de los Alemanes, en su concepción del arte, en su pensamiento y su literatura, se observa esa falta de comprensión por lo que da a la vida su verdadero sentido, por su encanto y su grandeza. En cambio, son poseídos por un deseo de muerte patológico y satánico. ¡Cómo aman la muerte esos seres! Vuelven los ojos hacia ella como hacia una divinidad, temblando, como ebrios, con una sonrisa extática. ¿De dónde les viene esto? Nada se [...] Leed las obras de sus poetas: encontraréis la muerte por dondequiera. La muerte a pie y la muerte a caballo, la muerte en todas las poses y todos los disfraces. Ella los domina, ella es su idea fija [...] Hasta la guerra es para ellos un pacto con la muerte". (*Weitere Unterhaltungen Clemenceau mit J. Martet*, Berlin, 1930, pág. 54 y siguientes).
3. Ver al respecto *Die Revolution des Nihilismus* de H. Rauschning, Zurich, 1938, pág.421 y siguientes.
4. También esta idea no es más que la utilización política de lo que Heidegger ya sostenía en *Ser y Tiempo* ( 26), como siendo el verdadero "*Dasein común*". Su punto de partida nunca es algo común, sino siempre lo que es propio del individuo o también de la nación. Consultar también la concepción heideggeriana de la "*Entente*" política en un artículo del *Freiburger Jahrbuch*, 1938.